

Miguel Bonasso, *El Presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1997, 645 pp.

Por José Miguel Candia

¿Cómo definir un texto que describe tan dramáticamente un periodo crucial de la historia argentina? ¿Ensayo? ¿Novela? ¿Es sólo el relato de conspiraciones palaciegas o el retrato descarnado de las grandezas y miserias que envuelven la personalidad apabullante del más grande caudillo populista de América Latina? ¿Constituye, en realidad, un intento de sistematizar la proyección histórica y las limitaciones de las que quizás fue la más vigorosa expresión del nacionalismo popular en nuestro continente?

Es posible que el monumental trabajo de investigación de Miguel Bonasso contenga una buena dosis de cada uno de los elementos que se mencionan en las interrogantes anteriores. *El Presidente que no fue* tiene el vértigo y la fuerza narrativa de las mejores producciones del género testimonial. Aunque es preciso señalar que, en sentido estricto, el texto de Bonasso no es una novela histórica.

El libro es el resultado de una rigurosa investigación que incluye revisión de archivos, entrevistas a los principales personajes de la época —y en ocasiones a sus parientes y amigos— lectura de revistas y diarios, biografías, memorias, cartas y toda suerte de elementos documentales como manifiestos políticos, volantes, discursos y proclamas. Se trata de una especie de narrativa "sin ficción" que sigue el rastro de los hechos históricos de manera tan puntual como resulta posible cada vez que se reconstruyen acontecimientos pasados. Es obvio que existe un margen, más o menos variable, para que la imaginación del autor interprete determinados episodios o llene lagunas que no pueden ser totalmente cubiertas por la información disponible.

El texto de Bonasso no escapa a estos riesgos pero, ¿podemos pedirle que se abstenga de opinar a quien fue, simultáneamente, actor privilegiado y observador agudo de los hechos que describe?

Dividido en cuatro grandes capítulos, más un extenso anexo de archivos y fuentes consultadas, el autor reconstruye y analiza un momento especialmente significativo de la historia argentina, el que comprende el inicio del declive de la dictadura del general Lanusse (1971-1973) y el ascenso y derrumbe del gobierno peronista que no llegó a cubrir tres de los seis años que le correspondían por mandato constitucional. El golpe del 24 de marzo de 1976 puso fin al régimen

de María E. Martínez de Perón e inauguró un periodo de terror político y de retrocesos en el ámbito económico y de los derechos humanos que la sociedad argentina difícilmente podrá olvidar. En ese breve periodo de apenas dos años y medio (de mayo de 1973 a marzo de 1976), Argentina tuvo tres presidentes y el movimiento peronista vivió una de las épocas más controvertidas de su propia existencia.

El hilo conductor del libro es la vida de quien fuera el último delegado de Perón, mientras radicó en España en calidad de exiliado, y fugaz presidente de la República: Héctor Cámpora. Seguir los pasos de la trayectoria política de Cámpora constituye, en realidad, un magnífico pretexto para que Bonasso incursione de lleno al plano político y a desmenuzar la dimensión humana del Padre Fundador: Juan Domingo Perón.

Resulta imposible reseñar todos los temas y acontecimientos que estudia Bonasso en su libro, pero haciendo un esfuerzo de síntesis es factible apuntar tres ejes principales:

a) el enfrentamiento Perón-Lanusse y la "pulseada" estratégica que termina ganando el primero mediante un ajedrez político en el cual, desde los gestos y declaraciones de los dirigentes, hasta los hechos específicamente partidarios, deben ser cuidadosamente ponderados para entender el cambio –a veces gradual y en ocasiones computable en horas– que se producía en la correlación de fuerzas favorable a uno u otro contendiente;

b) las propuestas centrales de Perón que eran casi la ratificación –con los matices que dictaban los nuevos tiempos– del programa que había impulsado desde que surgió a la vida pública como líder y fundador de un movimiento popular heterogéneo y policlasista: la alianza entre empresarios nacionales y sindicatos, la diversificación del comercio exterior y la búsqueda de nuevas opciones de financiamiento externo en Europa y los países árabes petroleros como un camino para eludir los condicionamientos que acarrea una vinculación demasiado estrecha con Estados Unidos, y

c) el papel de Héctor Cámpora, primero como delegado de Perón y después como candidato triunfador a la presidencia de la República en las elecciones del 11 de marzo de 1973.

De los tres ejes mencionados se deriva una enorme cantidad de temas que constituyen, en sí mismos, elementos para un análisis particular. Entre otros, son relevantes para estudiar al peronismo, el papel de la dirigencia sindical y de los sectores empresariales vinculados a éste; el rol de algunos dirigentes de la rama política del Partido Justicialista; la presencia de las organizaciones guerrilleras y de la Juventud Peronista, a veces funcionales a la estrategia del

Líder –cuando los necesitó para hostigar a Lanusse– y, a partir de 1973, vistos injustamente como descarriados comensales en una fiesta a la que parecían haberse colado por la puerta de servicio. Por último, y sin agotar con esto los ejes temáticos del libro, se introduce en la trayectoria de Héctor Cámpora, combativo y hábil en algunas coyunturas, temeroso y dubitativo en otras, cuando los principios éticos de una arraigada moral socialcristiana le impedían deshacerse de los enemigos que, desde sus propias filas, conspiraban para derrocarlo.

Perón y su entorno merecen un tratamiento especial. Bonasso describe, con implacable minuciosidad, el papel nefasto que jugó una corte de trepadores y oportunistas formada, entre otros, por la esposa del jefe, Isabel Perón y su secretario privado José López Rega. Ninguno de ellos tenía peso ni representatividad propia, pero a la sombra del líder maniobraban políticamente y desplazaban, con la venia de Perón, a los jóvenes díscolos, a dirigentes que se habían ganado a pulso su propio espacio, y cuando se lo propusieron, al mismo Héctor Cámpora.

Como si existiera un signo trágico al que no pueden escapar los hombres que hacen historia, ese Perón, “genial y totalmente amoral como un príncipe florentino”, prefirió –al igual que otros grandes caudillos– delegar su enorme poder en oscuros personajes de la corte y evitar un deslizamiento hacia la izquierda, cerrando el paso a las corrientes progresistas de su propio movimiento. Su declive físico coincidió con el ascenso de los grupos más conservadores del peronismo y con las primeras acciones de represión parapolicial hacia aquellos dirigentes y agrupaciones que eran señalados como “infiltrados”.

El final de Héctor Cámpora fue menos teatral pero igualmente triste. Después de su renuncia como presidente, el 13 de julio de 1973, regresó a Argentina en junio de 1974 al declinar al cargo de embajador que desempeñaba en México. En marzo de 1976 salvó milagrosamente su vida en un escape de película que terminó en el angustioso resguardo que significó la residencia del representante diplomático mexicano en Buenos Aires. Ya enfermo, y después del verdadero viacrucis en que se transformaron los trámites para su salida, obtuvo el salvoconducto que posibilitó su llegada a México en noviembre de 1979.

El deterioro físico y anímico de quien los jóvenes habían apodado cariñosamente “El Tío”, durante la campaña electoral de 1973, se reflejó también en una actitud política defensiva. En los pocos actos públicos en que tuvo oportunidad de participar prefirió condenar a la “subversión” y a la “guerrilla”, además de marcar distancia con los sectores progresistas del peronismo, en lugar de aprovechar la tribuna para denunciar a la dictadura que había segado la vida de miles de argentinos y que, de algún modo, era también responsable de su propio final.

En diciembre de 1991 los restos de Héctor Cámpora salieron de un cementerio mexicano con rumbo a su país de origen. Para el gobierno de Carlos Menem la repatriación de los restos del ex-presidente fue un episodio secundario que sólo mereció un acto desangelado en la sede del Congreso. La Argentina postperonista de Menem –que vendió con inusual facilidad 900 mil hectáreas de campo al millonario italiano Luciano Benetton y otras 400 mil hectáreas de las mejores tierras al financista húngaro George Soros– ha decidido enterrar para siempre el pasado y exorcizar a la sociedad de cualquier suspicacia populista.

Con *El Presidente que no fue* Miguel Bonasso cierra una trilogía que incluye dos novelas de lectura obligada para quienes se interesan en el estudio de la vida política latinoamericana de los últimos veinte años (*Recuerdo de la Muerte* y *La Memoria en Donde Ardía*). El texto que ahora comentamos presenta, en buen momento, una nueva faceta de este autor que vuelve a conmover a sus lectores con un trabajo de investigación que, entre otras cosas, demuestra una vez más la fragilidad de los límites que separan a la literatura del periodismo y a la novela testimonial del análisis histórico.